

tes y Comunicaciones y el de Obras Públicas. Para mayor equilibrio, cada ministro representante de uno de los movimientos de liberación estará ayudado por dos secretarios de Estado, pertenecientes a los otros dos movimientos; cada ministro portugués—cuyo nombre podrá ser vetado por los angoleños— tendrá tres secretarios de Estado, procedentes cada uno de un movimiento de liberación.

La fórmula está hecha teniendo en cuenta todas las fuerzas en presencia y con un cuidado exquisito de no dar preponderancia a ninguna de ellas (hasta su mención en los protocolos de acuerdo se hace utilizando el orden alfabético). "Una división sería, como todos sabemos, un desastre", ha dicho en el acto de la firma uno de los delegados angoleños. Por eso, la fórmula se impone durante estos diez meses con carácter imperativo y con la obligación para todos los angoleños de aceptarla, incluyendo en estas obliga-

ciones a los portugueses que viven en el territorio. Todos serán considerados angoleños por esta definición: "Son angoleños aquellos que nacieron en Angola, los que se radicaron en Angola o los que quieran optar por Angola como su patria"; de esta manera se trata de salvar el problema de los angoleños de origen portugués.

A pesar de lo inteligente de la fórmula, es de esperar bastantes problemas aún por parte de los "ultras" de cada movimiento como por parte de los portugueses colonialistas durante estos diez meses, y pueden recrudescerse a partir del momento de la independencia. Todo ello entrará en el proceso conocido por la experiencia de otros países que han accedido a la independencia, aunque puede admitirse que ninguna metrópolis ha sido tan cuidadosa en la concesión de la independencia como Portugal en esta ocasión. ■

FRANCIA

La enfermedad de Marchais y la unión de la izquierda

PARIS.—«La amistad que me une a Georges Marchais y la consideración que tengo por su acción hacen que lamente la noticia de su enfermedad; la unión de la izquierda le debe muchos», declaró François Mitterrand. Albin Chalandon, secretario general adjunto del UDR, estima que «el alejamiento—incluso temporal—de la escena política del principal artífice del acercamiento del Partido Comunista a los socialistas va a dejar el terreno libre a los que en el seno del Partido Comunista se oponían a esta política».

Estas dos frases resumen la impresión de la mayoría de los franceses—y explican el temor de la mitad de ellos—, los que votaron por el candidato de la unión de la izquierda en las últimas elecciones presidenciales; que la unión del Partido Comunista y del Partido Socialista hayan reposado esencialmente en las personas de François Mitterrand y de Georges Marchais, y que la desaparición—o disminución de influencia—de uno de ellos desbarate la estrategia que creó un impulso popular hace diez meses, promotor de victorias futuras. Los dos hombres habían puesto toda su voluntad, y luego un aprecio mutuo y una amistad, al servicio de una apertura que en el caso de Marchais comprometía su porvenir político al frente de su partido.

La ironía—o la crueldad—del

destino ha querido que Marchais sufriera el ataque cardíaco pocos momentos después de una polémica televisada con Mitterrand, que seguramente hubiera querido evitar, y a la que posiblemente le llevaron los «duros» del PC. En la escalada de acusaciones del Partido Comunista al Partido Socialista (oportunismo, expansión en detrimento del Partido Comunista, rueda de recambio del gran capitalismo), Marchais llegó a atacar directamente a Mitterrand por el silencio que observa el secretario general del Partido Socialista ante declaraciones de miembros importantes de su partido (Defferre, Jacques Delors, Jacques Attali, Michel Rocard), que el PCF considera antiunitarias.

Por eso, la noticia de su enfermedad repentina causó una gran emoción en todos los medios. Giscard d'Estaing se «inquietó» por su salud; Jacques Chirac manifestó su aprecio por Marchais «como persona», e hizo votos «por un total y rápido restablecimiento»; Albin Chalandon, su adjunto, más locuaz, explicó que «la enfermedad de Georges Marchais es la consecuencia lógica de la vida abrumadora de un líder político dinámico y absolutamente consagrado a su partido», mientras que «France Soir», el diario de mayor tirada, se hace eco de los mensajes que llegan al hospital Lariboisière desde los medios populares, así como de la reacción del hom-

bre de la calle en el pueblecito arrabalero de Champigny, del que Marchais es alcalde: «Un buen marido, un buen padre y un buen vecino», titula con grandes caracteres.

LA CREDIBILIDAD

El problema político pasó pronto al primer plano. ¿Quién va a sustituir a Marchais?, ¿qué será de la unión de la izquierda? En las dos últimas sucesiones al frente del PCF, ya se dieron estas situaciones de un secretario general imposibilitado de ejercer sus funciones, y que es ayudado por un secretario general adjunto, oficializado después: Waldeck Rochet sucedió así a Maurice Thorez hace catorce años, y el propio Marchais fue durante meses adjunto de Waldeck Rochet. Pero ahora no habrá sustituto, y la dirección del partido será colegial. El Comité Central expresó su deseo de que Marchais vuelva a asumir completamente sus funciones, pero es evidente que en ningún caso podrá hacerlo con el ímpetu de antes; que la evolución de su partido será distinta, como diferente será la polémica con el Partido Socialista y el porvenir de la unión de la izquierda. El conservador «Le Figaro» reconoce que «Marchais, de cincuenta y cuatro años, ha sido el hombre que más credibilidad ha dado al Partido Comunista, pues si Maurice Thorez fue el iniciador y el artesano de la unidad, Georges Marchais fue, con François Mitterrand, el arquitecto».

Precisamente, en el seno de la dirección colegial, los «duros», los que atizaban la polémica con el partido social, parecen poder do-



A Marchais le reprochan los duros el haber «sacado al Partido Socialista de la cuneta», adoptando posiciones comunes por las que el Partido Comunista abandonaba principios fundamentales.

minar a los «aperturistas». Etienne Fajon y Leroy se encuentran entre los primeros; en particular, Leroy, actual director de «L'Humanité», que tomó iniciativas personales contra el Partido Socialista; René Piquet, «el hombre que sube», es demasiado joven, y Paul Laurent, que acaba de publicar un artículo particularmente comprensivo en «L'Humanité» para con Mitterrand, no parecen tener suficientes apoyos como para imponer la reconciliación inmediata.

A Marchais le reprochaban los duros el haber «sacado al Partido Socialista de la cuneta», adoptando posiciones comunes por las que el Partido Comunista abandonaba principios fundamentales. Pudo Marchais tomar decisiones personales, sin consultar al Comité Central, durante la campaña electoral (en lo relativo al nombramiento de futuros ministros, o en la discreción adoptada por el Partido Comunista durante la campaña, para no asustar a la burguesía), mientras la victoria era una posibilidad, pero luego se le reprochó la expansión fulgurante del Partido Socialista—en detrimento del Partido Comunista—y su empeño en continuar la misma política.

Todo puede suceder ahora, desde la adopción de una línea dura por parte de los intransigentes del Partido Comunista, hasta el cese de la polémica. Marchais podía dirigir ésta, pues goza de una autoridad en el partido que le permitía evitar lo irreparable, mientras que no existe ninguna personalidad dentro de la dirección colegial que pueda asumir el riesgo de una ruptura. La decepción entre los militantes, simpatizantes y votantes sería tal, que la izquierda, en general, tardaría años en recuperarse.

Esto lo analizan así también algunos dirigentes del Partido Socialista. Su ala izquierda (el CERES), admite que no le faltaban razones a Marchais para denunciar el comportamiento ambiguo de ciertos elementos importantes de su partido, solicitados sin pudor por el brazo derecho de Giscard d'Estaing, Poniatowski, o por el centrista y ministro, Jean Lecanuet. Jean Poperen, elemento importante del Partido Socialista, fue más explícito, dando nombres de compañeros suyos que estarían dispuestos a colaborar en un Gobierno con Giscard d'Estaing. Por eso, ante el Congreso del Partido Socialista, que se celebrará en Pau la semana próxima, parece que a raíz de la enfermedad de Marchais se impone en las reuniones de base una proposición de Gilles Martinet, consistente en organizar acciones comunes con el Partido Comunista sobre el tema del empleo, contra la que dominaba hace días: abrir un debate público con los comunistas sobre los responsables de la polémica actual y de la desunión de la izquierda. ■ RAMON CHAO.